

VLADÍMIR ZELINSKI

**REVÉLAME
TU ROSTRO, SEÑOR**

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2013

Al Padre Gabriel Bunge,
que se ha atrevido a vivir
lo que yo aquí me he atrevido a pensar

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Traducción de Luis Rubio Morán
sobre el original francés *Révèle moi Ta face*

© Parole et Silence, 2006

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2013

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563

ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1841-0

Depósito legal: S. 271-2013

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A.

CONTENIDO

<i>Prefacio a la edición española. «Alegraos conmigo...» ..</i>	9
<i>Prólogo. El primer contacto</i>	13
I. Sobre el conocimiento de Dios	17
II. El ojo que lo ve todo	37
III. Decir «Dios»	59
IV. Orar a Dios	79
V. La ofrenda de Dios	101
VI. La imagen de Dios	127
VII. El tiempo en Dios	155
VIII. El hombre en Dios	179
IX. La morada de Dios	203
X. Los rostros de Dios	235
<i>Epílogo. Estamos siempre al principio</i>	267
<i>Índice general</i>	269

PREFACIO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA
«ALEGRAOS CONMIGO...»

¿Cómo se revela Dios? ¿De qué modo se da a conocer? ¿Cómo revela su rostro, grabado secretamente en todo lo que él ha creado? Y ¿qué lenguaje humano puede acercarse a ese secreto, qué discurso sería el más adecuado para contarlo?

La presente recopilación de textos, que son reflexiones en torno a la fe que confesamos, han nacido de este tipo de preguntas. Las confesiones de fe tienen una tradición, que se puede manifestar no solo en los avatares de la vida, sino también en la vivencia de esas verdades confesadas. Es abrir las puertas para invitar a un huésped a participar en los descubrimientos de otros. En el evangelio de Lucas, la mujer que encuentra una moneda llama a sus vecinas y les dice: «Alegraos conmigo, porque he encontrado la moneda que se me había extraviado» (Lc 15, 9).

La dracma de la fe, utilizando una comparación un tanto arriesgada, no la perdí nunca. Porque no se puede perder algo que no se tiene. Pero, siguiendo con la metáfora evangélica, podemos decir que venimos al mundo dotados ya de una moneda preciosa, escondida en el fondo de nuestro ser. Un día puede perderse entre las hendiduras del pavimento, entre las circunstancias inesperadas, entre las pruebas o las satisfacciones de la vida. Cuando la encontramos, notamos una sensación extraña: la habíamos tenido siempre con nosotros. La fe es un don –siempre viene bien recordar esto–, un don que se ofrece a todos: a quienes fueron educados en ella ya desde la infancia y a aquellos que jamás habían oído el nombre de Dios. Pero recibir este don no siempre es fácil. Cada persona

debe dedicar tiempo a Dios, al deseo de verlo, a la añoranza por él, al esfuerzo de alzar las manos hacia él. ¿Quién podrá decir que el Padre, después de habernos creado, nos deja vivir sin herencia alguna, es decir, sin darnos una prenda de su Espíritu? ¿Será verdad que venimos al mundo vacíos, con la única esperanza de llenarnos solo de lo que nuestro contexto social nos ofrece? Si así fuera, yo, al igual que millones de compatriotas míos, no habría tenido más abrigo que los andrajos y harapos de una ideología totalmente hostil a cualquier atisbo de la presencia divina en la existencia humana.

El que encuentra la herencia de Dios no puede permanecer callado. «Vuelve a tu casa y cuenta lo que Dios ha hecho contigo», pide Jesús (Lc 8, 39). Cuéntalo con palabras sencillas o con discursos solemnes, con los hechos de tu vida o con las lágrimas del arrepentimiento, con conceptos precisos o con parábolas acerca de la fuente invisible. Cada parábola recorre su propio camino, independiente de las otras. Al entrelazarlas, componen un cuadro, un mosaico, una vidriera iluminada por la luz que procede del Rostro del Señor. «A Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo único, que es Dios y que está en el seno del Padre, nos lo ha dado a conocer», dice el evangelio (Jn 1, 18). Lo reveló ayer, lo revela hoy, lo revelará mañana. Cada uno recibe su parte personal de la inmensa herencia que se ofrece a todos, aunque a la vez se oculte. La oferta de Dios no conoce límites, pero cada persona recibe un lote propio que puede comunicar o compartir con sus vecinos. Y pienso que Cristo no desea que nos dediquemos a discutir sobre las riquezas que él nos dejó, sino que cada uno llame a sus vecinos y les diga: «Alegraos conmigo...».

Alegría, fiesta, ¿por qué? El descubrimiento de la fe es siempre un acto de auténtica liberación, de enorme alivio. Recuerdo el estallido de felicidad que experimenté cuando di el salto sobre el abismo que separa el vacío –compuesto de la materia muerta y la mentira humana– del universo habitado por una presencia amorosa y misteriosa. Una presencia dotada de ojos, de voz, de corazón. A veces me preguntan: «Pero ¿cómo, en qué circunstancias? ¿No te lo enseñó nadie?». Siempre me

da un poco de vergüenza responder. Prefiero usar lo menos posible los verbos en forma activa, para no dar la impresión de que fui yo el protagonista. La fe viene sola, como una madre, como una enamorada, muchas veces sin previo aviso. Me encontré una vez por pura casualidad en una iglesia de Moscú donde nunca había entrado, y me sentí transportado por el oleaje de la oración —estaban cantando las vísperas—. La oración rompió la costra de mi alma. La luz me tocó, una luz en la que reconocí el rostro de Cristo, como si lo hubiera conocido siempre. Por mi parte, sólo tenía que abrirme a este rostro, inclinarme para recoger la dracma evangélica. Pero este gesto resultó ser muy difícil. Encontrar la fe es una cosa; ponerla en práctica, vivirla plenamente, exige mucho esfuerzo, «hacerse violencia», como dice Cristo (cf. Mt 11, 12).

Este libro cuenta también la «fatiga» de reconocer el Rostro inefable que se ha mostrado. Es cierto que el acontecimiento de un encuentro no se puede reducir a un momento aislado. Incluso tenemos la tentación de huir de esta confrontación. Con frecuencia preferimos enredarnos y sumergirnos en problemas sociales, morales, periféricos, dejando a un lado «la única cosa necesaria»: nuestro vínculo con el Dios vivo. Esta relación puede manifestarse de muchos modos y llamarse de múltiples formas. El presente ensayo no es un alarde de revelaciones «privadas», sino el deseo de realizar un viaje con el lector hacia su propia experiencia y su fe. Los distintos capítulos son como etapas de ese camino. Versan sobre el conocimiento, la contemplación, el nombre divino, la oración, la ofrenda, la imagen, el tiempo, el hombre, la morada, la belleza de la Trinidad. El objetivo de cada capítulo es abrir una senda a través del misterio, la noche mística, hacia esa fuente escondida que cantan los hermosos versos de san Juan de la Cruz:

*Que bien sé yo la fonte que mana y corre,
aunque es de noche.*

Aquella eterna fonte está escondida,
que bien sé yo do tiene su manida,
aunque es de noche.

Su origen no lo sé, pues no le tiene,
mas sé que todo origen della viene,
aunque es de noche.

Sé que no puede ser cosa tan bella,
y que cielos y tierra beben de ella,
aunque es de noche.

Aquesta viva fuente que deseo,
en este pan de vida yo la veo,
aunque es de noche.

De esta fuente surgen todas las criaturas que, a su modo, hablan con nosotros en la lengua del Verbo que las ha creado. Quedémonos un rato tranquilamente junto a esta fuente. Ahí, en el comienzo de las cosas, nace la intuición que cruza las reflexiones del libro: la Encarnación del Verbo nos revela también el secreto de la creación de la tierra y del cielo, del día y de la noche, del hombre y de la mujer, del arte y del pensamiento, del ojo y de todo lo que el ojo ve. Y el rumor de la fuente nos llama para que nos acerquemos y nos encontremos. Es decir, para que nos encontremos el uno con el otro en el gozo del hallazgo, realizado juntos. «Alegraos conmigo», dice el evangelio, invitándonos a la fiesta de ser hombre o mujer en el universo donde Dios está siempre con nosotros, en la luz de la noche impenetrable, en el abismo del Rostro.

PRÓLOGO

EL PRIMER CONTACTO

Bendice, alma mía, al Señor,
y todo mi ser, a su santo nombre
(Sal 103, 1).

El primer contacto con el Señor comienza bendiciendo su Nombre, aunque aún no se le conozca. El hombre reconoce en el fondo de su alma la santidad de su presencia, inseparable de su vida. El Señor se acerca a él envuelto en una nube oscura o, en momentos privilegiados, a cara descubierta. El encuentro con Él cara a cara deja una huella indeleble. Puede ser expresado con palabras, aclamaciones, aplausos, o puede también ser sofocado, menospreciado, apagado. No es solamente el alma, sino todo nuestro ser —ojos, oídos, cuerpo— el que se ve involucrado en esta alianza cuya iniciativa corresponde a Dios. Como una planta que dialoga con el sol, nuestra existencia, antes incluso de que despierte la razón, se halla orientada hacia el Incomprensible. Yo existo y, por tanto, clamo: «Haz brillar sobre nosotros la luz de tu rostro» (Sal 4, 7). Él nos responde mediante sus bendiciones, que llenan los cielos y se expanden sobre la tierra; se hace visible por su «sí» que ha puesto en nosotros como esperanza inquebrantable que se sobrepone a todo mal. «Todo lo que aparece es luz» (cf. Ef 5, 13), dice san Pablo. Pero al hombre le ha sido dada la posibilidad de ir más allá, desde la luz hasta su Rostro.

Cuando la Escritura habla de la faz de Dios, ¿a qué se refiere? ¿A una experiencia deslumbrante e indescifrable que experimentamos en el fondo de nosotros mismos y para la que nunca encontramos palabras adecuadas? ¿El Invisible se presenta con los rasgos visibles del hombre? Una cosa es segura: nuestras creencias proceden no tanto de las tradiciones

familiares y menos aún de razonamientos rigurosos cuanto de la confianza en los signos milagrosos que descubrimos en nosotros mismos y en los demás. Sí, es verdad que la confianza puede ser suscitada por los testimonios de otros, pero en último término procede de la Fuente cuyo origen está más allá de lo humano. Llega un día en que la confianza –madurada, reflexionada, enraizada, traicionada a veces por los dolores y las dudas– se convierte en fe. La fe rebosa de gratitud. Bendice a Aquel que ella encuentra y recibe sus bendiciones. Cuando le llevamos sus ofrendas –oración, penitencia, obediencia, admiración, conciencia, memoria–, Dios, aunque siga siendo el Inaccesible, se revela, trasparece, deja ver su rostro. Este libro no es más que un intento de fijar los ojos sobre la transparencia del Misterio, ese inagotable misterio de la vida y del amor en que se ha convertido Jesús por nosotros los hombres.

«Me dice el corazón: ‘Busca su rostro’. Sí, tu rostro, Señor, es lo que busco» (Sal 27, 8). Pero está claro que no se puede mirar la luz directamente. Los textos aquí reunidos son más bien reflejos de la verdad que personalmente he podido vislumbrar. También es cierto que, como dice Goethe, «la verdad ha sido encontrada hace ya mucho tiempo». Cada uno, pues, puede seguir su propio camino. Con esta intención se han compuesto estas meditaciones. Aparecen distribuidas en diez partes, cada una de las cuales intenta recoger una gota de la revelación, echar una ojeada a la realidad que me consume, descubrir un rayo de la luz que ilumina las olas de la marea ascendente¹.

Los diez trípticos fueron escritos entre 1999 y 2004, y publicados en el semanario *France catholique*. Decidí no utilizar mi lengua materna, el ruso, porque me sentía más cómodo expresándome en francés. Cuando nos encontramos en la frontera de algo impenetrable, conviene ser lo más preciso y lógico posible, cosa que me resulta más fácil en una lengua

1. Estas reflexiones siguen las huellas de mi libro *À la découverte de la Parole, Parole et Silence*, Paris 2004.

latina como es esta. El misterio ama la claridad, el pudor, la audacia. La patria de la Palabra, que llevamos cada uno en nuestro microcosmos lingüístico, está demasiado poblada de los ecos dejados por otros, de resonancias, de connotaciones, incluso de conflictos internos que a veces nos condicionan. Una lengua que se aprende de mayor nos ofrece la posibilidad de nombrar las cosas de manera más libre y espontánea, con la libertad de la infancia. Sobre todo el francés, que no era para mí una lengua aprendida, sino más bien recibida del ángel de la guarda, casi gratuitamente, sin grandes esfuerzos ni mucho trabajo. Me llegó como un pájaro caído del cielo. Sin duda muchas veces las expresiones serán un tanto retorcidas, pero el mismo ángel ha querido enviarme también buenos mensajeros que, sin cambiar ni el pensamiento ni el estilo, han sabido corregir algo mis vuelos en un espacio extranjero, aunque siempre hospitalario.

No se trata de la descripción de una experiencia mística, del tipo «Él y yo». No se va a hablar aquí del «yo» del autor, sino sobre todo de la condición humana básica, en la que cada «yo» se une a los otros y comulga en la misma Fuente. Ante la luz de su Rostro mi ser retorna a su propia casa, al Adán que vive en todos nosotros.

ÍNDICE GENERAL

<i>Prefacio a la edición española. «Alegraos conmigo...»</i>	9
PRÓLOGO. El primer contacto	13
I. SOBRE EL CONOCIMIENTO DE DIOS	17
1. El mar, la vela, la mirada... ..	19
2. El sacramento del otro	25
3. La herida que nos hace hombres	31
II. EL OJO QUE LO VE TODO	37
4. Fuente del Viviente que me ve	39
5. Acoger la mirada	45
6. La ignorante sabiduría de la infancia	51
III. DECIR «DIOS»	59
7. La patria de la palabra	61
8. Una invitación escrita en piedra	67
9. La sustancia de los rayos	73
IV. ORAR A DIOS	79
10. El arte de ser pequeño, o la liberación de los cautivos	81
11. Obedecer a la oración	87
12. Sobre el agua viva, o sobre lo que hay en el hombre ...	93
V. LA OFRENDA DE DIOS	101
13. El desafío del saber	103
14. Hacia la fuente lejana, o el secreto de la poesía	113
15. «Donde voy a estar yo, también estaréis vosotros», o la fiesta de los sacramentos	119

VI. LA IMAGEN DE DIOS	127
16. La imagen de la muerte, o el sudario reencontrado	129
17. <i>Cur Deus homo?</i> , o la vocación del pintor de iconos ...	139
18. «Apacienta mis ovejas», o los dos pastores	147
VII. EL TIEMPO EN DIOS	155
19. «En los infiernos, con tu alma...»	157
20. La Providencia, o la verdad que nos atrapa	165
21. El iconostasio, o el tiempo en que fuiste visitado	171
VIII. EL HOMBRE EN DIOS	179
22. La montaña del «yo», o el saber ilustrado	181
23. El «sí» de ser hombre, o las sendas del sol	189
24. Un icono que se deja ver... si el hombre lo renueva	195
IX. LA MORADA DE DIOS	203
25. La fiesta que se hace Iglesia, o nuestra nueva dignidad	205
26. Los nombres de la Madre, o una página de mariología	211
María, Sabiduría y purificación de la criatura	213
La revelación del Espíritu Santo en María	215
María y la Tradición	217
27. Los nombres de la Madre, o las huellas del Reino	219
Aspectos pneumatológicos y mariológicos de la Iglesia	219
La tradición himnográfica	221
Una ofrenda de los hombres	223
28. «Haced esto en memoria mía», o la identidad eucarística	227
X. LOS ROSTROS DE DIOS	235
29. El Padre, la adopción por el nombre	237
30. El Hijo, el camino del misterio maravillado	245
31. El Espíritu, en el que el mundo se consuma en Reino ..	255
EPÍLOGO. Estamos siempre al principio	267